

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

EL APOGEO DEL CAPITALISMO.
por Werner Sombart. Fondo de Cultura
Económica. México, 1946.

Aunque *El capitalismo moderno*, la obra ya clásica de Werner Sombart de la cual hacen parte los dos volúmenes que integran *El apogeo del capitalismo*, fue publicada inicialmente en 1902 —al menos, en sus primeros volúmenes—, la traducción de José Urbano Guerrero que acaba de editar el Fondo de Cultura Económica cobra sin embargo viva actualidad por ser la primera que se hace al español. Y aunque sólo comprende el último sector de los tres en que el maestro alemán dividiera su obra monumental—, especialmente dedicado al estudio de la vida económica durante el apogeo del capitalismo, su significado presente no disminuye por ello. En efecto, Sombart analiza allí los fundamentos, la estructura y el proceso de la economía capitalista a lo largo del interesante período que va desde la séptima década del siglo XVIII hasta agosto de 1914, época que él considera como la del apogeo del sistema capitalista.

Al respecto, consideramos necesarias algunas explicaciones. Sombart opina que el capitalismo —como la Edad Media— ha pasado por tres edades: temprana, alta y baja. Al examen detenido y pormenorizado de las dos primeras dedica los cuatro volúmenes finales de su grandiosa obra, en los cuales trata sobre *La vida económica en los albores del capitalismo* y *La vida económica en el apogeo del capita-*

tismo, precediéndoles de un magistral estudio en dos volúmenes sobre *La economía precapitalista*. En cuanto a la tercera edad —que Sombart estima iniciada con la primera guerra mundial de este siglo—, es lástima que deliberadamente se haya abstenido de estudiarla, ya que sobre este período de envejecimiento —que él llama *la edad crítica del capitalismo*— el gran sociólogo y economista hubiera tenido mucho que decirnos.

Sombart concibe así la historia del sistema capitalista como una gigantesca parábola, que, iniciada con los primeros vaigidos mercantilistas del siglo XIII, encuentra su máximo apogeo en los ciento cincuenta años que preceden a la guerra del 14, para entrar luégo en la era de su definitiva declinación, que —según él— es ésta que actualmente vivimos. Enuncia, pues, una tesis de historia económica que aparentemente pugna con los criterios sostenidos al respecto por otros expositores y aun con el generalmente aceptado hoy día, según el cual si bien la primera guerra mundial engendró los pródromos de la desintegración capitalista, esta segunda conflagración que acaba de terminar no ha hecho otra cosa que robustecer un sistema que parecía extinguirse. Para ello se aducen distintas razones de innegable fuerza y circunstancias que fácilmente saltan a la vista. Pero la tesis de Sombart no está expuesta en un sentido absoluto o radical. Afirma tan sólo que el año 1914 señala el momento en que el apogeo del capitalismo llega a

su término, por cuanto el *espíritu* del sistema experimenta entonces una transformación, algunas de cuyas manifestaciones enumera: "La penetración de ideas normativas en el seno de un capitalismo puramente naturalista; la atenuación del impulso de luero como la única fuerza motriz y determinante de la conducta económica; la disminución de la fuerza expansiva económica; la cesación de las bruscas oscilaciones en el desarrollo; la sustitución de la concurrencia libre por el principio de la buena inteligencia; la estructura constitucional de las empresas, etc."

Si el conjunto de la magna obra sombriana sobre *El capitalismo moderno* constituye el más denso estudio que acerca de ese sistema económico se haya hecho en este siglo —hasta el punto de que no haya quizá otra que la supera después de *El capital*—, particularmente estos dos volúmenes que constituyen *El apogeo* son de una especial importancia como aporte analítico y construcción investigativa. En ellos penetra Sombart paso a paso y mediante un riguroso proceso metodológico en las raíces mismas y en el consistir último del gran fenómeno de la época moderna que es el capitalismo.

Y cuando decíamos que en ese objetivo apenas lo superaba la *opera máxima* del marxismo, estábamos únicamente trasluciendo la activa pero justa afirmación del autor, quien resume así el significado propio de su obra frente a la del patriarca del socialismo científico: "Marx —dice— pronunció la *primera* palabra, orgullosa, sobre el capitalismo; en esta obra se pronuncia la *última* palabra, modesta, sobre ese sistema de la economía, considerado en su aspecto puramente económico. Entonces era la mañana y cantaba la alondra; hoy es el caer de la tarde y el buho de Minerva va a emprender su vuelo. Si se quiere fijar en una palabra —prescindiendo de imágenes— la relación de mi obra con la de Marx, podrá quizá decirse que en ella

aparece *Marx sin su encanto*. Pero *desencantar* significa lo mismo que dar valor científico, en el sentido sobrio que yo atríbuo a estas palabras."

La actitud de Sombart ante Marx y su doctrina es de un sentido muy peculiar entre el conjunto de *posiciones* adoptadas al respecto por la generalidad de los economistas y sociólogos alemanes. Como se sabe, en ninguna parte ha sido Marx tan combatido y denigrado como en su propia patria. Muy pocos son los teóricos germanos —de los sectores *burgueses*— que no hayan dedicado parte de su obra a refutar y negar rotundamente las tesis marxistas. Baste citar solamente el grande esfuerzo hecho en el terreno de la filosofía del derecho por Rudolf Stammle, en su famosa y disertada obra *Economía y derecho*. Y aunque no se puede considerar a Sombart simplemente como un economista *burgués* —por oposición a *marxista*—, ya que sus conclusiones son anti-capitalistas, tampoco podría tachárselle de simple corifeo del marxismo, por cuanto tiene que hacerle y le ha hecho serios reparos a su doctrina. En resumen, la posición de Sombart ante Marx es esencialmente crítica y no de franco rechazo o negación. El mismo la ha explicado en forma sagaz y certera en su *Prólogo* a la obra que comentamos. Y podría tal vez encontrarse una clave definitiva acerca de la verdadera naturaleza de su actitud, en esta enfática declaración que allí mismo hace: "Aunque yo rechazo radicalmente la concepción del mundo de éste (de Marx), y con ella todo lo que ahora se designa en conjunto y con tinte valorativo con el nombre de *marxismo*, lo admiro sin reservas como teórico e historiador del capitalismo. (Una dualidad en su crítica que ya hube de reconocer como posible desde las primeras líneas que escribí sobre Marx). Y todo lo que hay de bueno en mi obra lo debo al genio de Marx."

Hemos visto cómo Sombart afirma que en su obra "se pronuncia la última pa-

labra”, sobre el capitalismo. Marx —dice— había pronunciado “la primera”. Pero esta palabra final del profesor alemán es de un significado distinto a aquélla: en cierto modo prolonga la profecía marxista, pero al mismo tiempo la supera y se aparta de ella en cuanto a la manera de lograr el resultado definitivo. Al optimismo marxista, que le otorgaba una potencialidad *mayéutica* al capitalismo —en el seno del cual se engendrían las condiciones que darían nacimiento a la sociedad sin clases del futuro—, opone Sombart un pesimismo económico-social sobre las consecuencias últimas del capitalismo. Pero no un pesimismo splengleriano acerca del porvenir de la civilización y de la humanidad, ya que en este sentido Sombart es francamente optimista. Su pesimismo se reduce a negar enfáticamente la fuerza creadora del capitalismo, en la forma que Marx la concebía. “No podemos continuar mirando —dice— en la misma dirección en que se mueve la historia del mundo, ni creer por más tiempo en algo que el capitalismo ha de producir forzosamente en el curso de su devenir; sólo podemos vislumbrar la salvación en una desviación y un alejamiento del capitalismo.” ¿Pero en qué consiste esa *desviación*, ese *alejamiento* del capitalismo por el cual pro-pugna Sombart? ¿Qué nuevos caminos vislumbra en este estado del sistema capitalista que él considera su anochecer? No lo dice claramente. Procede por tanto examinar aquí el esquema general de la proyectada construcción sistemática sombartiana —expuesto a lo largo de su *Capitalismo moderno*— que seguramente puede llevarnos a un intento de conclusión al respecto o al logro de una respuesta aproximada a aquellos dos interrogantes.

Sombart planifica sus sistema aprovechando elementos filosóficos, sociológicos e históricos, con la ayuda de los cuales esperaba obtener la forma y los medios de llegar a una concepción necesaria del sistema político-social del futuro. En este

propósito —asegura— se impone previamente un estudio crítico y detallado del desarrollo económico capitalista desde sus orígenes hasta el presente, procurando desentrañar las leyes de su evolución e inducir de allí la forma de su transformación en lo futuro, de acuerdo con un punto de vista causal. Luego, es necesario construir un sistema científico de la actividad práctica, es decir, un sistema de política social, desde puntos de vista teológicos. Y finalmente, hay que proceder a crear el sistema político-social del futuro desde un punto de vista crítico. Esta ingente tarea —que queda resumida en las tres etapas enumeradas— se la adjudicaba Sombart a la ciencia social, cuya renovación así esquematizada debía lograrse como “producto de una acción organizada de las fuerzas sociales”. En su empeño de “vivificar la ingente materia de las ciencias sociales mediante una síntesis científica”, se dedicó a construir sistemáticamente el esquema planeado. Pero su esfuerzo quedó limitado al logro de la primera etapa, en los seis volúmenes que constituyen *El capitalismo moderno*. Ni siquiera pudo obtener la inferencia a que aspiraba en su planteamiento previo, en el sentido de inducir de las leyes evolutivas del capitalismo la forma de su futura transformación. Y así vemos cómo en estos volúmenes finales sobre *El apogeo del capitalismo*, apenas manifiesta que la salvación futura sólo estriba en “un alejamiento del capitalismo”. De manera que si bien Sombart no llega sistemáticamente a una conclusión sobre la índole cierta de esa *forma futura* de la sociedad, sí deja entrever al menos que esta última etapa era para él un socialismo comunista. Pero un socialismo comunista no logrado a través del capitalismo, sino mediante una desviación cuya naturaleza no explica francamente. Y llegamos aquí de nuevo al problema que anteriormente nos planteamos: porque Sombart no indica cómo ha de realizarse ese alejamiento

to, pero si ha dejado más o menos bosquejado hacia dónde ha de realizarse. Esta es una falla y al mismo tiempo una virtud de Sombart. Y señala también su punto de contacto con Marx en cuanto a la finalidad doctrinaria última, así como el alejamiento y tal vez la superación del padre del socialismo en cuanto a los medios para lograr ese objetivo. Porque Sombart no ve en el capitalismo ni siquiera un medio para obtener un mundo mejor, una sociedad comunista —como Marx—, sino que principia negando su eficacia genitora de aquel ideal socialista, el cual sólo puede conseguirse “fuera del complejo de ideas del mundo capitalista y lejos de él”. Su teoría es, pues, mucho más *inmediatamente revolucionaria* que la del propio Marx. Lo que sucede —claro está— es que la de Marx es más *real y prácticamente revolucionaria*. Hé ahí la diferencia sustancial entre esos dos teóricos del anti-capitalismo.

Néstor Madrid Malo

*

REGIMEN COOPERATIVO Y ECONOMIA LATINOAMERICANA.

El doctor Antonio García, profesor de Ciencias Económicas en la Universidad Nacional, acaba de dar a la publicación un nuevo libro bajo la denominación *Régimen cooperativo y economía latinoamericana*: En este estudio el autor analiza la situación del cooperativismo en la América latina, confrontándola con su rumbo en países de más alto desarrollo capitalista, para concluir con un análisis detenido de las orientaciones de este movimiento y la necesidad de modificar sus rutas.

El profesor Antonio García construye su estudio sobre la base de una concepción realista acerca de las fuerzas materiales que hacen posible el surgimiento

del sistema cooperativista. En efecto, el capitalismo contemporáneo, al desarrollar grandes fábricas, organiza dentro de ellas un régimen de producción armónico, como un organismo individual perfecto. La desorganización del sistema no está en sus núcleos celulares de empresa sino en la contraposición de cada una de estas unidades con todas las restantes. El cooperativismo tiene que arrancar pues de la cooperación solidaria que existe en el seno de la gran empresa capitalista para ampliar esta tendencia, incorporarla a su organización y luego desbordarla sobre zonas más amplias donde su influencia pueda llegar a adquirir un carácter de trascendental importancia. El profesor García cree no obstante que la cooperativa dentro de los cuadros generales del capitalismo no puede ser considerada aisladamente como una herramienta radical de renovación social. Se trata tan sólo de un excelente instrumento de defensa al través del cual las capas medianas y pobres de la población logran defendese de manera activa contra las consecuencias del gran capitalismo.

Con un carácter realista el profesor Antonio García, después de examinar la orientación de las cooperativas en los países más desarrollados, sitúa el problema dentro de las condiciones propias de la América latina y asigna al movimiento no simplemente una estrategia defensiva sino una labor de carácter creativo. A este respecto se expresa así el profesor García:

“En los países de economía colonial y débil capitalismo, la cooperativa debe adquirir un nuevo sentido estratégico, como elemento de modelación de la economía nacional: sus funciones de elaboración capitalista y de modificación o conservación de la trama social, no pueden cumplirse al margen de la acción del Estado.

“Como soporte de toda nueva política, debe llegarse lógicamente a una conclusión doctrinaria: la cooperativa clásica

es el producto de un régimen capitalista ya estructurado: en América latina debe ser, particularmente, una herramienta de creación de capitalismo y superación de la economía natural, localista y atómica."

Esta afirmación así escueta podría parecer extravagante, comoquiera que desdibuja la fisonomía tradicional de la cooperativa y le asigna la tarea propia de las sociedades anónimas, consistente en fomentar el desarrollo del gran capitalismo. Pero comoquiera que la cooperativa debe tener una orientación precisa se hace necesario distinguir dentro de las modalidades del sistema capitalista cuál sería el matiz preferencial por dónde encauzar dichos esfuerzos colectivos. La cooperativa actúa dentro de un sistema capitalista que se refleja sobre ella misma y le imprime carácter. De igual manera las cooperativas soviéticas, por ejemplo, están saturadas del espíritu socialista propio de la sociedad donde actúan. Dentro de esta subordinación a la estructura social externa, la cooperativa en países altamente desarrollados aplica dentro del sistema capitalista métodos defensivos, y en la América latina, de economía incipiente pero con perspectivas de desarrollo, puede ser un factor de incremento general de la economía sin que necesariamente deba asumir formas de capitalismo clásico. Intervenida por el Estado la cooperativa se hace susceptible de cumplir sus propósitos dentro de un plan general, con la finalidad exclusiva y fundamental de realizar una labor de beneficio social en general como la que desempeñan en muchos Estados los servicios públicos, alejada en cuanto sea posible de todo propósito de realizar ganancias de rígido carácter individual.

Particularmente penetrante es el estudio que el profesor Antonio García hace en su libro sobre lo que ha sido y lo que es la cooperativa en Colombia, como organismo que bajo este rótulo se ampara de la protección que el Estado ofrece

para cumplir subrepticiamente funciones de sociedad anónima generalmente desviada hacia la órbita del suministro de crédito. Antonio García analiza este aspecto para descubrir cómo la cooperativa en Colombia ha desvirtuado sus fines. Este análisis de hechos era indispensable para que la población colombiana no juzgue las cooperativas y su sistema al través de los fracasos o de la vida parasitaria que esos organismos vienen teniendo en el país. Con excepción de algunas cooperativas que han cumplido su labor social, el movimiento en Colombia debe ser fundamentalmente reorganizado para imprimirle una orientación distinta. El profesor García destaca en su importante trabajo los beneficios que podría rendir el movimiento cooperativo en cuanto a la organización del mercado nacional en el ramo de las exportaciones y de las importaciones, y en el aspecto relativo al desarrollo de las industrias nacionales paralelamente a una política de salarios que eleve el bienestar de las masas trabajadoras y ensanche su capacidad de consumo.

El libro de Antonio García es un valioso aporte para el estudio de este problema fundamental en Colombia, construido con riegos planteamientos teóricos y con la vitalidad que le imprime su conocimiento de las experiencias colombianas sobre el particular.

Guillermo Hernández Rodríguez

*

LAS CRUCES SOBRE EL AGUA, por
Joaquín Gallegos Lara.—Edición de la
Casa de la Cultura Ecuatoriana. 1946.

Este joven novelista ecuatoriano pertenece a la generación magnífica que tuvo como primordial preocupación desentrañar la verdad del pueblo, la verdad de las luchas sociales y la tremenda verdad de los sufrimientos y abnegaciones desesperantes de los miserables. Luégo algunos

de los integrantes de estos grupos resolvieron abandonar esta posición, que tendrán que reasumir algún día, y lanzarse a la conquista de los temas eternos de la poesía y del arte.

Pero quedaron algunos como Gil-Gilbert y Gallegos Lara, este último consagrado a la novela con buen éxito. Esta novela tiene como tema la vida agitada y doliente de un muchachillo desdichado que vaga por las calles de Guayaquil. Alfredo Baldeon se crió oyendo palabras como esas que se describen: "La señora Pepita, la dueña de la covacha, decía que el sol era una tierra, la primera que creó el Niño Dios, donde hasta vivirían gentes, si no hiciera tanto calor."

Un estilo duro pero blando de poesía, hecho con elementos de profundo amor al tema que se está tratando, garantizan la calidad intelectual y poética de esta novela que tiene dos partes bien definidas y que la segunda de ellas es mejor. La primera es un poco lenta. La segunda de una dramática y fiera intensidad.

Es admirable la intensidad descriptiva de los cuadros de la revolución, tal como aquel que se relata así: "Al conseguir al fin cargar los revólveres, rugieron. Llenándose los bolsillos de proyectiles se botaron afuera. Alfredo salió también, riendo, sudoroso, fusil en mano, acariciando la canana bien provista que juntamente trajo. Era a ras a tiempo. La tropa llegaba disparando a boca de jarro y al cuello. A tres pasos de Alfredo, de quien no se separaban los compañeros, una serrana gorda, de manta, pulpera o barraquera, al correr, cayó de rodillas. Su cara cobriza se arrugó como para aguantar un golpe. Un soldado, demasiado próximo, no acertaba a encañonarle el rifle. Ella se le abrazaba a las piernas empolainadas.

—Perdoncito. Por su mamita, bonito.

De un envión con ambas manos, el miliciano le desplomó la enlata en la frente. Alfredo oyó crujir el hueso; no vio los hilos de sangre."

Esta página es característica del estilo

de Gallegos Lara y característica también de una gran conciencia popular de un gran sector de la intelectualidad ecuatoriana. Tiene el defecto, como las de Ieasa y como todo el criollismo de cierto tipo, de usar regionalismos que en veces empañan la pureza del estilo y hacen oscuro el sentido.

J. I.

VIENTO Y ESPUMA, por Vicente Palés Matos.—Biblioteca de Autores Antillanos.—Puerto Rico.—256 páginas. Dieciseisavo. Imprenta López.

La Biblioteca de Autores Antillanos de Puerto Rico ha decidido con muy buen éxito recopilar la obra dispersa del notable escritor, poeta, cuentista y ensayista Vicente Palés Matos, ampliamente conocido en el continente y quien goza de un sólido y vasto prestigio en su patria.

El libro está ordenado de tal manera que se intercalan verso y prosa tratando de que la unidad de la obra literaria se conserve, cosa que al final del libro se advierte pero que a medida que se avanza en su lectura aparece bastante difícil y en veces chocante.

Desde luego, no es muy sencillo hablar de la obra precisamente porque para comentarla acertadamente sería necesario discriminar la prosa del verso y tomar aisladamente una y otra. La poesía de Palés Matos, como sucede casi siempre con quienes cultivan los dos géneros, es bastante diversa. Por una parte se observa una amplia resonancia en los poemas que tienen un tema familiar y amoroso. Es, por tanto, más importante la posición poética suya cuando trata temas más profundos:

A los veintiún años. La maravilla de mi vida, en la sencilla apoteosis de mi sé. Como nadie jamás ha vivido. El rosal está florecido. Florecido... ¡y qué?

Es una poesía diáfana, de gran contenido humano que revela madurez técnica y acierto conceptual. El poema éste titulado: *Balada*, continúa en el mismo tono claro y dulce. Muy semejante a éste es el titulado *Tentación*, que se diferencia esencialmente en *Nueva canción*, que es de una extraordinaria belleza por su finura y la técnica admirable con que está tratado el tema. Basten, por ejemplo, estos versos:

Que nada turbe el ancho silencio que
|recoja
sus alas tu pasión honda y voluptuosa,
para estar tú y yo solos en el dulce
|milagro
de un amor sin rencores, sin quejas y sin
|llantos.

Los relatos que complementan el libro publicado, tienen una mayor fuerza expresiva y una contextura más sólida. Baste leer *Verde de Viena*, o *Adiós don Panchito*, para comprobarlo.

Por otra parte, la edición es cuidadosa y bien lograda tipográficamente, cosa que hace más agradable su lectura. Para finalizar presenta una explicación, casi inútil, de por qué se ha hecho esta recopilación que merece ser tenida en cuenta en la bibliografía americana del presente año.

J₁, J₂

*

HISTORIA DE LOS MUSULMANES
DE ESPAÑA, de Reinhardt P. Dozy,
Emecé, editores, S. A. Buenos Aires,
1946.

¿Cuál es el verdadero aporte árabe a la cultura hispánica? Esta es una pregunta que, a nuestro juicio, no ha sido contestada con la exigencia y exactitud que necesitamos. Pregunta por demás, que encierra un problema atrayente y de gran trascendencia. Menéndez y Pelayo, en *Los orígenes de la novela*, después de ocuparse en apretadas páginas de menuda letra de los libros árabes descubiertos hasta sus

días, termina diciendo: "La herencia es ciertamente cuantitativa, no tanto por lo que aportasen los árabes de su propio fondo, puesto que la parte de invención de sus libros va pareciendo cada día más exigua, sino por la misión histórica que tuvieron y cumplieron de poner en circulación una cultura anterior." En el campo del pensamiento y del orden intelectual, Dozy, historiador y arabista, dice:

"Es el pueblo de menos inventiva del mundo... La invención es tan rara en su literatura que cuando se encuentra en ella un poema o un cuento fantástico, se puede afirmar, casi siempre, y con anticipación, sin temor a equivocarse, que la producción no es de origen árabe, sino traducción de algún original persa, sirio o griego... Han traducido y comentado las obras de los antiguos, han Enriquecido ciertas especialidades con observaciones pacientes y minuciosas; pero no han inventado nada, no se les debe ninguna concepción grande ni fecunda... Acaso tienen ellos más elevación de carácter, más grandeza de alma y un sentimiento más vivo de la dignidad huinana." Asimismo, se ha pretendido demostrar que no fueron los árabes quienes enseñaron la agricultura a los iberos, sino, por el contrario, que buena parte de la agricultura que éstos poseen hoy día en África débese a los campesinos andaluces radicados en esas tierras. También se ha señalado cómo la desolación de muchos campos de la península puede deberse al continuo devastamiento llevado a término durante ocho siglos de dominación árabe. En la antigüedad era famosa la fértil *Bericia*.

Los árabes indudablemente contribuyeron mucho al desarrollo de la alquimia, de la farmacopea y de la medicina. La botánica tuvo felices cultivadores. Pero la gran conquista arábiga de verdadera trascendencia para el Occidente fue la numeración introducida por ellos, y que des-terró la romana. Conquista que lograron al tratar de completar los números hinde-díes.

Mas, a pesar de indicaciones como las precedentes y otras muchas ya dominadas por la ciencia, la pregunta que formulamos al principio de esta nota sigue esperando la contestación eficiente. Y entre los arabistas que se han encargado de la difícil tarea, desenella Reinhart P. Dozy, de quien acabamos de citar unas frases sacadas del señero monumento científico y obra de arte, *Historia de los musulmanes de España*, compuesta merced a veinte años de laboriosas investigaciones, y dada a la estampa en francés en Leyden en 1861, traducida al castellano en 1887 por Federico de Castro, traducción impecable que ahora ha sido reeditada en la Argentina por la Biblioteca Emece.

La importancia de este libro sigue siendo de primer orden para el conocimiento del mundo árabe y a pesar de las lagunas posibles, principalmente en el orden cultural, continúa siendo, casi a los cien años de su primera impresión, la más destacada aportación al conocimiento historiográfico de los musulmanes españoles. Dozy consultó, para escribir esta obra, todos los manuscritos existentes en las bibliotecas y archivos europeos relativos a la historia de los árabes, y merced a las conclusiones investigadoras a que llegó, pudieron orientarse los estudios árabes hacia una mayor precisión y verosimilitud histórica. Con su libro quedaron refutados los entonces autorizados arabistas Conde, Masdeu y Gayangos, y gracias a su paciente labor erudita, dio a la estampa otro fundamental libro: *Investigaciones sobre la historia y la literatura de España en la edad media*, libro que fue traducido por Antonio Machado y que espera una nueva edición que difunda esta obra en Latinoamérica.

La personalidad de Dozy destaca, por su consagración a la ciencia, el brillo formal y belleza que logró dar a sus numerosos libros, y principalmente a la labor cumplida, que en sus últimos años de vida viose premiada con los honores

de las principales academias de historia del mundo, y condecorada por la mayoría de los gobiernos europeos. Nació Dozy en Leyden, en 1820, y murió en la misma población holandesa en 1883.

La *Historia de los musulmanes de España* nos ayuda grandemente en la consideración de esos ocho siglos de dominación árabe en la península, nos conduce a entrever el proceso condensatorio que redundó en el surgimiento de una nación pletórica de energías: España. Y nos confirma que una vez cumplida por los árabes la misión anotada por Menéndez y Pelayo, a éstos no les cupo mejor suerte que "levantar sus tiendas y devolverse al desierto de donde partieron". Durante la lectura provechosa e imprescindible de estos temas históricos, el lector no notará cansancio ni fatiga bajo la narración de los sucesos, merced a la sabia estructura y belleza artística con que está construida esta magnífica historia.

C. A.

*

DISCURSO DE LA NOVELA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA, de Max Aub, "Jornadas" número 50, del Colegio de México, y LA GENERACION DEL NOVENTA Y OCHO, de Pedro Lain Entralgo, Madrid, 1945.

Hé aquí dos libros que hemos tenido la oportunidad de leer conjuntamente. Dos obras recibidas a un mismo tiempo en las librerías, cuyos autores son dos españoles y que, a buen seguro, fueron escritas casi simultáneas, ya que las dos andan fechadas en abril-mayo de 1945. Libros que, si no tratan con exactitud de una misma materia, ambos tienden a complementarse redundando en provecho del lector avisado, de aquél que sepa discernir estableciendo comparación. Obras que tienden a la crítica, y como toda crítica van dirigidas a la orientación, orientación que resulta más beneficiosa entre

las nuevas generaciones. Crítica que en la segunda obra —la de Lain Entralgo— surge pese a las meras intenciones historiográficas del autor, y que nos obliga a comprender con un tono más justo aquello que aparece violento y desnudo en el *Discurso de la novela española contemporánea*. La obra de Max Aub está escrita en México, desde la agónica distancia del exilio, la otra, la segunda, compuesta con el reposado hacer de quien vive en el solar de sus padres. Quizá por esta misma condición impuesta por el propio paisaje elaborado con la recepción emotiva de cada una, la una, la de Max Aub, esté dominada por la vehemencia, el juicio rápido, tajante, preciso, y deseando salir del compromiso crítico, para ocupar la mente en el acariciado y amoroso trabajo de la creación artística. La segunda, por el contrario, escrita con un manifiesto sosiego, deteniéndose en el recuerdo, en lo que fue y se desea mantener, con el temor de que en acabada la obra no habrá nuevo y querido tema, y que retornará la melancolía de la contemplación sin finalidad. Juicio que nosotros hemos elaborado merced a la transpiración del libro de Lain Entralgo, aunque el autor en el prólogo-epístola pretenda haberlo escrito *contra el reloj*, en el más breve plazo posible.

Max Aub tiende al futuro, se detiene en el pasado para arrancarle rápida enseñanza —mensaje entregado que ha de servir de orientación— y con esta enseñanza pone sus ojos y esperanzas en el mañana prometedor, concluyendo con un capítulo significativo: *Hacia un nuevo realismo*. Lain Entralgo, en contradicción con sus últimos vocablos, con esa frase suya que reza: “Somos hombres que necesitamos un mañana, que lo seguiremos necesitando cuando el sol, pasada la tiniebla de la noche incipiente, preste nueva figura al mundo y nueva vida a los humanos”, padece miedo, desconcierto de ese futuro, no encuentra otras señales que las recogidas en el estudio de los escritores analizados en su libro, y se adormece con su mera

labor de historiador a quien le está vedada la aventura afirmativa, sin poder atreverse a ella ni descansar los ojos en otro horizonte. Max Aub exclama: “El barro que me sirve me aconseja”, y, anteriormente, para aclarar, para que no haya posibles equívocos, ya había escrito: “Generalmente al hombre que huye le es negada la autenticidad, meollo de lo mejor. En nuestra época el pacifismo es el más cruel de los engaños. Si uno se empeña en no ser hombre de su tiempo, sin vuelo necesario para serlo de todos, ni es hombre ni es escritor.”

Ambas obras desean descubrir que fueron construidas bajo un rígido afán verídico. Sus autores declaran respectivamente: “Procuré mi verdad sin más trabas que las de mi lengua” y “La verdad sobre todo, que yo la verdad de mi sentir digo.” El de la primera frase, Max Aub, no sabe la importancia que pueda encerrar su estudio, es más, diríamos, desconfía un tanto de lo hecho y promete no reincidentir y publicar novelas. Lain Entralgo anota los posibles defectos o fallas que piensa pueden ser hallados en su libro, pero cree honradamente que éste “posee algún valor y, para colmo, inenro en la osadía de decirlo”.

El *Discurso de la novela española contemporánea* comienza con los literatos del 68, analizando a Pérez Galdós, Alarcón, Valera, Clarín, Pereda, y la Pardo Bazán, penetrando agudamente en la aportación real y naturalista de los novelistas citados. Continúa con la sonada “generación del 98”, demostrando que si todos sus componentes fueron escritores, ninguno fue un completo novelista. Pasa después Pérez de Ayala, Ortega y a los recientes autores que ingresaron en el mundo literario al rededor del año 1931. La intención manifiesta de Max Aub consiste en analizar la novela española desde hace un siglo, mas su mismo empeño llévale a descubrir, en veloz sucesión, las corrientes que impelieron a los autores analizados a escribir como lo hicieron. Hé aquí la

cualidad que a nosotros, lectores de ambas obras, nos sirve de complemento y comprensión de las interrogantes nacidas en el transcurso de la lectura de *La generación del noventa y ocho*. Max Aub relataba a primer plano una condición contradictoria existente entre los hombres del 68 y los posteriores escritores. Contradicción que tiene que venir a disolverse en una conjunción necesaria para el porvenir de las letras castellanas. Así, si los novelistas como Galdós, Pereda y la Pardo Bazán, pecaron de exceso naturalista, de objetividad, de ignorar la base sustentativa de esos hechos perpetuados por los personajes creados, los escritores del 98 y los inmediatos sucesores, incurrieron en el exceso subjetivo, creando héroes cuya vida no es otra que la vida íntima y los sueños del autor, no aceptando de lo real nada más que lo propio, lo que en dulce soledad crea y recrea la buena intención del que escribe, y, deseando ir al centro del genio hispánico, resultaron transmutando el alma esencial del alma española, es decir, fracasando contra sus buenas intenciones. Aquí cabría preguntar: ¿Demostroan impaciencia siendo únicamente movidos por un afán de distinción? ¿Es ésta una falla del carácter, que a la postre no es más que una falla de la voluntad? A estas dos incógnitas contesta el libro de Lain Entralgo salvando a la pléyade de los principales escritores del 98, y en consecuencia, a los que les sucedieron en el orden cronológico del tiempo. La conjunción necesaria de la contradicción existente en ambas generaciones, la del 68 y la del 98, es, de acuerdo al pensar de Max Aub, ese "nuevo realismo" donde "la exposición de lo externo no deja de estar en concordancia con la imaginada realidad exterior".

Lain Entralgo cifra el valor de su libro en la demostración de la existencia historiográfica de la tan mentada "generación del 98". Se refiere a sus componentes tratando de esclarecer cómo todos ellos moviéronse bajo el mandato de unas

mismas intenciones e idénticos anhelos, recalando que las letras castellanas tienen, con esta generación, una triple deuda contraída: "Idiomática, estética y española". No ignora que existen tres actitudes frente a los del 98: primera, la que nada quiere saber ni poseer de tal generación; segunda, la hostil pero afectada por su influencia, y tercera, la entregada a sus efectos y consecuencias. Declara que le molesta tanto "la hostil cerrazón de los cejijuntos como la derretida secaedad de los boquibiertos."

Nosotros, corriendo el riesgo de incurrir en cierta de las tres rechazadas aptitudes, pensamos, gracias a la lectura conjunta de los dos libros que comentamos, del conocimiento que tenemos respecto a los autores y de un afán propio concedido por "la dura y grave mereed de ir convirtiendo en palabra castellana los frutos mejores de nuestro existir anhelante" (frase de Lain Entralgo), pensamos que en el transcurso del análisis y paralelo existente en la identidad del descubrimiento del paisaje, de un pretendido parecido en idioma y estilo —parecido que no compartimos— y de las semejanzas en el tratamiento de los problemas españoles, que reúne a los escritores del 98 en ese denominador común de *generación*, pensamos, repetimos, que corre por este libro de Lain Entralgo una secreta admiración por todos ellos, por Unamuno, por el grande y *extraviado* (sic) Antonio Machado, Azorín, Baroja, etc. Pensamos, en fin, deseando colocarnos en auténtica objetividad crítica, que el prístino valor encerrado en la obra de este autor nos conduce a notar con más firmeza las profundas divergencias existentes entre los escritores reunidos bajo el apretado haz de "generación del 98". Divergencias que en lo superficial no son notadas, que aparentan el rigor necesario para poder ser catalogadas en una misma generación, y que al final han de congregar en un mismo centro, sumando o balancee, y que indica cómo la literatura de estos escritores tornóse in-

terna, personalísima, egocéntrica, deseando una España sonada, distinta, y "que las más veces tienen muchísimo que ver con el propio autor del libro", inventando "un lugar más allá del bien y del mal, nueva torre de marfil, donde se salve toda la obra con tal de tener calidad sin importar su influencia nefasta o bienhechora". (Max Aub).

Estas divergencias notadas creemos son factibles de demostrar con plenitud, y que en el caso de que se llegue a hacer así, derribarán al existente denominador común, ya harto tratado y enjuiciado, aunque con este esclarecimiento no sufran merma las obras verdaderamente imperecederas que dieron a las letras Unamuno, Machado, Azorín, etc.

De acuerdo a lo últimamente anotado, cabría decir que existe una principal falla en el libro *La generación del noventa y ocho*. No sabemos hasta qué extremo nos acompañaría la cordura y la justicia en semejante aseveración. Hoy en día "generación del 98" es una frase aceptada, definitoria, que conduce a toda una época, ya histórica, de las letras castellanas. Pero, en todo caso, esta falla, a nuestro entender, se levanta ante el entendimiento cuando leemos a los escritores reunidos bajo el denominador común. El mismo Lain Entralgo la señala inadvertidamente, capítulo por capítulo, por más que aparente lo contrario. Así en la página 366, verbi gracia, leemos: "Pero Machado no quiere agonizar. Entre los rumores campesinos y menestrales que pueblan la Castilla de Azorín percibe su oído poético (el de Machado) el silbido de un temusísmo viento de esperanza":

;Oh, tú, Azorín, escúcha: España quiere surgir, brotar, toda una España empieza!

versos que lanzan un grito de atención, de llamada hacia la auténtica realidad, para que despierten los sumidos en la excesiva contemplación, tánta que "con un último intento de romanticismo e indi-

vidualismo" (Baroja) no desean hacer nada, aunque ellos crean que desean hacer. (Recordemos las palabras de Azorín en un homenaje célebre a Ganivet). Unamuno, también clama, lo único que desea es inquietar, enfurecer, sacudir, para que surja el hombre, perteneciente a la tradición hispánica pero lanzado hacia el futuro. Igualmente se consumió y acabó trágicamente Angel Ganivet, puesto inexplicablemente, en este libro que comentamos, en segundo plano. Y por el contrario, la generalidad de los otros escritores reunidos en la forzada conclave, aunque anhelan el mañana, caen enredados en el sopor, en la inanición, entre el carácter que descans descubrir y la apariencia de las cosas, se conforman, acallan sus pretensiones, mientras los anteriores concluyen todos en trágicas agonías impotentes. Los segundos, los que se conforman, carecen de una verdadera fuerza orientativa, quizás porque en redor de ellos "flotaba y flota en el ambiente la sospecha de que si la vida no tendrá significación ni objeto" (Frase de Baroja, citada por Lain Entralgo). Y con esta sospecha creciendo, no nos puede extrañar ni el desaliento, ni el pesimismo, ni tan siquiera la manía de zaherir a troche y moche. Tanto el desaliento que conduce a la nostalgia, el no hacer acomodaticio, el encerrarse en la dulce soledad, como el recuento minucioso del detalle dictado por la subjetiva sensibilidad, el ensueño fabricado con la enajenación de lo *real*, esta sospecha, son llaves maestras para comprender "las líneas generales que llevaron a estos literatos a escribir como lo hicieron" (Max Aub), y para descubrir las verdaderas divergencias que separan, por ejemplo, la agonía unamuniana y la cálida vena poética del menor de los Machados, del preciosismo de estilo y moroso decir detallista en conjunción con una maestría de escritor de Azorín y la estridente frase cortada, agria e inquieta de Pío Baroja.

Es verdad que tanto los unos como los otros comprenden la enorme tristeza de

su España yacente en el marasmo, analizan sus orígenes, se lanzan hacia el medievo y descubren el paisaje, pero se separan en la íntima posición vital, en la voluntad, en esa voluntad que afronta nuestras propias experiencias con el exterior. Entre las buenas intenciones de todos y los resultados, se interpuso, para los más, un ensueño contemplativo que condujo a la evasión, a convertirse en sentimentales o pesimistas, intelectualizados y sin brío, a equivocar y escamotear esa esencia hispánica que anhelaron rehabilitar. ¿Cuándo pecaron de estos defectos Unamuno, Ganivet o Machado? ¡Podemos preguntar lo mismo a Azorín, Baroja, Maeztu!

Lain escribe en la página 410 que los hombres sueñan movidos por una necesidad de esperanza. Nosotros agregamos que nuestra voluntad forja la esperanza recogiendo lo que fuimos para lanzarlo hacia lo que seremos. Sólo así nos es dable definir nuestro presente. La "generación del 98" tuvo tres directrices principales —mitos las llama Entralgo—: Castilla, la quijotización y la España venidera. Bien cierto es esto. Admitamos que esos tres mitos fueran sus sueños, por lo tanto sus esperanzas, mas admitamos asimismo que respondan a su voluntad de hombres en contacto con un hacer inmediato. ¡En el análisis de lo último residen las divergencias!

Y creemos, sinceramente, que en el mismo punto reside la divergencia entre dos libros leídos conjuntamente, que fueron escritos casi simultáneamente, que sus autores son dos españoles y que tratan de casi idéntica materia. La divergencia existente entre Max Aub, vehemente, rápido, tajante, y Lain Entralgo, reposado, deteniéndose en el recuerdo y envolviéndose en la melancolía de su noche castellana.

Clemente Airó

TRATADO DE BIOQUÍMICA Y MANUAL DE PRACTICAS DE BIOQUÍMICA.—Benjamín Harrow, PH. D. y colaboradores. Traducción del profesor José Giral. 16 x 24 centímetros. \$ U. S. A. 620. Editorial Atlante, S. A., Méjico, D. F. 1946.

La traducción del profesor José Giral es cuidadosa y de gran claridad, cualidad esta última que la hace fiel intérprete del texto original, claro y ameno. La presentación del libro es excelente y constituye un triunfo más para la Editorial Atlante, a quien debe el público de habla castellana magníficas ediciones de importantes obras.

Se pone una vez más de manifiesto en esta obra el genio de los ingleses, que además de ilustrar la inmediata aplicación de los conocimientos científicos, saben revestirlos de una peculiar sencillez, lo que los hace más fácilmente asimilables. Siguiendo el plan americano, el libro debe también servir en el laboratorio, aclarando conceptos relacionados con el hecho experimental observado. Todos los textos americanos para la enseñanza científica están hechos de acuerdo con esta idea, que adquiere singular importancia en este tratado, por contener las prácticas de laboratorio en el mismo volumen que la parte teórica. Estas prácticas, hechas en colaboración con personal técnico del Departamento de Química del Colegio de la Ciudad de Nueva York, ofrecen todas las experiencias corrientes necesarias para cubrir un año de laboratorio de bioquímica. Siguiendo el mismo plan de la parte teórica, el método y la claridad en la exposición, así como la descripción de los aparatos más importantes y de su manejo, permiten que el estudiante pueda tener éxito en sus experiencias, siguiendo las instrucciones dadas. La división de esta parte práctica en preparación de productos y después su reconocimiento en los medios orgánicos, abre un nuevo y excelente de-

rrotero en los programas de rutina en esta asignatura, en casi todas partes del mundo.

Desde luego, es necesario hacer notar que la obra exige el conocimiento previo indispensable de todas las nociones de química general y orgánica, así como fisiológicas, sin las cuales es imposible pretender seguir normalmente un curso de universidad.

El libro está puesto al día, de acuerdo con las más recientes adquisiciones en estos campos de la investigación. Aunque en algunas partes peca por cortedad en la exposición, al no explicar y deducir con más detalle puntos de grande interés, no quiere esto decir, de ninguna manera, que sean temas mal expuestos y además está compensado con una bibliografía admirablemente seleccionada, al final de cada capítulo. El estudiante que quiera adquirir un conocimiento más completo sobre determinado tema, o el profesional que quiera enterarse de los últimos adelantos, puede seguir la bibliografía especial en cada caso, que es una excelente y cuidadosa selección de los trabajos más recientes en cada tema.

En apoyo de lo anterior añadiremos que el origen y las relaciones fisiológicas de muchos constituyentes normales de la sangre y de la orina no se ven completamente deducidos. Es asimismo extraño que en un libro tan cuidadosamente preparado no se haya insertado una tabla de las concentraciones normales patológicas de los principales productos encontrados en los diferentes medios del organismo. A este respecto hay que hacer notar que en Colombia se han hecho muchos interesantes estudios. Diferentes tesis para el doctorado en medicina de la Universidad Nacional de Bogotá (entre otras, *La proteína normal en Bogotá y sus variaciones en algunos estados patológicos*, Alfonso Vera Quintana. 1945. *Estudios de hematología clínica y otros ensayos*, Carlos José Cuervo Trujillo. 1941) han servido para establecer cons-

tantes que sería muy oportuno relacionar con las encontradas en otras latitudes para explicar mejor el funcionamiento del organismo humano bajo las diferentes condiciones de vida del planeta. Se podría argüir que esto es obra de tratados especializados, que no de uno general. Pero en ciencias de un interés universal como son las biológicas, es preciso por eso mismo tratar de temas universales.

Una vez más, lo repetimos, el tratado se presta admirablemente para guiar a los estudiantes en el estudio general de los grandes problemas de la bioquímica.

J. Galindo Sánchez

*

PUERTA DEL CIELO. *Manuel R. Rugeles*. Librería y Editorial Voluntad.

El poeta venezolano Manuel F. Rugeles nos ofrece un bello libro de sonetos, finamente editado e ilustrado con dibujos de Durbán. Pasma en esta obra la profunda intención religiosa y humana, que melodiosamente va fluyendo desde el sentido interno hasta la suelta arquitectura formal. También se advierte un dúctil dominio en el difícil desarrollo del soneto. Aquí no se halla la elaboración mental y física que generalmente se desprende de las estrictas normas de la materia. Por el contrario, todo es flexible y elástico, sin dejar de ser exacto y justo. La contextura del soneto se organiza dentro de una mágica facilidad, dentro de un consciente manejo de la alquimia verbal. Y el lector no encuentra la sensación de poesía construida sobre el factor único de la habilidad intelectual y en ocasiones manual. Es cierto que circunstancialmente Rugeles nos sorprende con versos de extremada dureza, que rompen momentáneamente la música total de la obra. Así hallamos estos apartes:

*Sobre el afán del luero aventureño...
o transformarse en hombre de repente...
En el lindo fatal de lo infinito...*

Pero en cambio nos entrega, en forma mayoritaria, sonetos de acabada factura clásica, emparentados con lo mejor de la legendaria lírica española, y al mismo tiempo llenos de las dichosas imágenes, de las vagas sugerencias, de la esbelta línea floral de la modernísima poesía. Atributos existentes en momentos de tan pura belleza como éstos:

*Estaba allí fraguándose el divino
despertar de una nueva primavera
en el campo. La mano de Dios era
mano de molinero en el molino.
Música del zagal y la zagala
junto al manso redil, cerca al rebaño
de nevados corderos todo el año...*

No existe en *Puerla del cielo* un asombrado vuelo místico, porque éste implica el éxtasis total, el completo deslumbramiento, la evasión definitiva desde lo corporal hacia lo divino. Aquí es un hombre integral el que canta, un hombre con su acervo de angustia, con su constante vacilación ante las fuerzas supremas, con su ir y venir en la muerte, con su acercamiento y su lejanía de la fe. Más que una entrega, que un renunciamiento, hallamos en esta poesía una búsqueda dolorosa, una profunda expectación ante Dios, un grito conturbado que se disuelve accidentalmente en serena voz resignada. Pero este aspecto esencialmente humano, con sus fuentes de dolor, de sangre, de herido ruego, lejos de restarle valor perdurable a *Puerla del cielo*, es precisamente su más alta calidad, porque el poeta halla su verdad, su desgarrada verdad humana, y no se pierde en el vano oropel de los místicos falsos. La poesía antes que todo es un tremendo acto de sinceridad, un denodado retornar a sí mismo —easi siempre amargo, easi nunca jubiloso— para hallar el sentido confuso de la vida con sus elementos disímiles,

dispersos, turbios; con su desintegración constante hacia la muerte; con sus tiránicas islas de gozo. Todo lo demás será lindura verbal, artificio musical, agudeza del concepto, pero no la desnuda, la inmutable, la perenne poesía. Rugeles se mueve dentro de un ámbito esencialmente poético, dentro de un auténtico ambiente lírico. Todos sus libros muestran ese tremendo acto de sinceridad, ese viaje por los cauces eternos, por el misterio vital que está indisolublemente unido al misterio de la poesía. No pierde su obra este sentido profundo al llegar al limitado campo del soneto. La esencia íntima se conserva intacta. El hondo impulso humano no capitula ante el surtidor retórico.

Jorge Gaitán Durán

*

INDICE DE LA POESIA COLOMBIANA (Desde Silva hasta nuestros días). Colección Navegante. Librería Suramericana. 32º. 300 páginas. Imprenta A. B. C. 1946.

Acertadamente la Colección *Navegante*, de la Librería Suramericana de Bogotá, ha editado esta antología de la poesía colombiana que abarca prácticamente todo el siglo y que ha sido hecha con un criterio desentendido de los pequeños rectores y caprichos que en estas cosas juegan un papel de enorme importancia.

Se advierten claramente las distintas épocas que ha venido atravesando la poesía en nuestro país desde el modernismo sonoro, melodioso y en veces recargado que Silva regenta —y allí comienza la antología—, pasando por las voces admirables de León de Greiff que allí, ya puesto en relación con sus compañeros, adquiere una dimensión aún mayor. Es por de más interesante observar en este índice el gran vuelco que significó el grupo poético que militó en Piedra y Cielo. La renovación de valores poéticos y la

vuelta con una inesperada fuerza a los valores abstractos y a esa posición de terrible soledad en que se sintieron entonces y más que nunca los poetas; era una torre de marfil más sonora, más transparente y más inestable. Llevaron al colmo el imaginismo para que el grupo aparecido a su vera, los post-piedrachelistas, agotaran ya todos los recursos posibles de imitación y se quedaran en la noria de una serie de palabras sin sentido.

Produce, pues, exactamente esta impresión de agotamiento, aunque en verdad en Eduardo Mendoza y en Martan Góngora resplandece la poesía con esa luz vivísima pero agónica. Es indudable que la poesía colombiana necesita una tremenda sacudida para hallar nuevos caminos, nuevas rutas y nuevos sistemas.

Pero lo importante ahora en esta nota es destacar la forma serena y digna como ha sido hecha la antología comentada, y decir también que ella ha venido a llenar un vacío en la bibliografía nacional con su cuidado.

*

ALBERTO ZUM FELDE

Ofrece hoy la Revista de la Universidad un trabajo del uruguayo Alberto Zum Felde, escrito especial y exclusivamente para sus páginas. El tema, desde luego, no puede ser ni más sugestivo ni más oportuno: La democracia en América latina. Porque mucho se habla y mucho se generaliza sobre las normas que —se asegura— son y han sido comunes a nuestras repúblicas, sin detenerse a pensar que bajo un mismo rótulo se han ido desenvolviendo formas diversas y hasta en ocasiones profundamente antagónicas de organización institucional, y sin observar que a lo largo de su accidentada trayectoria han obrado ciertos factores externos, tales como el gran capitalismo expansionista de las potencias industriales. Una es la manera de entender y prac-

ticar la democracia en los Estados Unidos, otra en México, en Colombia o en el Brasil, para no citar casos en los cuales la diferencia es más aguda. De ahí que Zum Felde analice con la sagacidad y franqueza que le son propias el sentido que en la realidad tiene la palabra y que, basándose en la experiencia que se deduce de los antecedentes históricos, siente sus propias, avanzadas conclusiones, respecto a la clase de gobiernos que deben prevalecer en esta parte del mundo, particularmente entre los pueblos que lo habitan desde el Trópico de Cáncer hasta la Tierra del Fuego.

Hombre de estudio y de letras, sociólogo afortunado y de prestigio dentro y fuera de las fronteras de su patria, Zum Felde ha consagrado la totalidad de su vida, de la cual ya lleva recorrido un trecho largo, a la investigación y a la crítica. Pero investigación y crítica no entendidas como recurso episódico para juzgar determinadas manifestaciones culturales o políticas, sino concebidas como el medio más directo de penetrar hasta la raíz misma de los hechos sociales a fin de extraer de ellos afirmaciones positivas, de carácter eminentemente constructivo. Todo con estilo vigoroso y discreto, inspirado en su devoción profunda por las cosas de América y, en primer término, por su gratísima tierra uruguaya. En sus obras se tropieza, como en las de casi todos los americanos que escriben mirando a América, con la tendencia muy visible a enfocar y tratar los problemas desde el ángulo de observación regional que les está más próximo y que es, en este caso, la zona de los países del sur. Pero aunque condicionadas por los fenómenos que allí son más notorios, la influencia de éstos no es suficiente para quitarles la condición de obras continentales, en donde es fácil advertir una generosa aspiración de mutuo entendimiento, de contribución a empresas que no deben ni pueden ser de uno solo.

Queremos recordar, así sea de paso,

algunos de los escritos de Zum Felde, con lo que podrá apreciarse en seguida tanto la extensión de su labor intelectual como la trascendencia que implica el conjunto de la misma. Ellos son, entre otros: *El problema de la cultura americana*, *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*, *Estética del novecentos*, *El ocaso de la democracia*, *Evolución histórica del Uruguay* y *El Huanakauri* (exégesis americanista). Entendemos que tiene, además, en preparación una *Introducción a la historia de América*.

En nuestro concepto, el autor que nos ocupa representa mejor que ninguno otro en la banda oriental del río de Solís el nuevo criterio de interpretación histórica que, con lentitud y derribando prejuicios, ha ido ganando terreno en los países del hemisferio y que aquél, con sus propias palabras, sintetiza así: "Me he propuesto un estudio integral de nuestra

historia tomando en cuenta los factores determinantes de orden geográfico, económico, psicológico y cultural. A esto llamamos intrahistoria, para diferenciarla de aquella que se limita al mero registro cronológico del acaecer; y ello, sin aventurarnos, claro está, en el campo de lo metafísico —de una metafísica de la historia—, pues nuestro plan es no excedernos de una realidad de categorías concretas."

Y no sería pertinente terminar esta nota sin recordar que la pregunta de si América se inclina a la derecha, planteada por Germán Arciniegas desde Colombia y que tanto revuelo ha causado, encuentra en el artículo que hoy nos complacemos en presentar a los lectores —cuyas apreciaciones no compartimos en su totalidad— base muy amplia para ser absuelta.

Alvaro Esguerra